

Un mundo lleno de palabras y una novela *enmimismada*

Al pasar delante de una casa que había en medio de la aldea, oía de niño a una mujer que se pasaba el día perorando en alta voz. Era como un carraca inagotable. Del fondo de la cocina salía un hervor de palabras, y cuando se asomaba a la galería del primer piso, entre las ristras de panojas, lanzaba al aire un runrún de cotorra descomunal. A veces la encontrábamos por los caminos con una cesta en la mano, alborotando como un moscardón. Pero era una loca pacífica, y después de muchos encuentros perdimos el miedo al desvarío de sus ojos, y el rumor que manaba de sus labios. Sin embargo, como apenas agarrábamos al vuelo alguna palabra comprensible en medio de tanta palabrería indescifrable, nos sentíamos ante ella confusos y desamparados.

Semejante impresión me produce a veces este mundo saturado de palabras, imágenes, textos y teletextos. ¡Estamos rodeados! Estamos acosados por el enjambre de voces, el bombardeo de la radio, los mil reclamos de la televisión, la pajarería de los kioscos callejeros, el guiño luminoso de los comercios, el reclamo de las vallas, las pintadas de los muros, los grafitos de los urinarios, y no hay paquete, bolsa o bote sin su leyenda, marca, instrucción, etiqueta o eslogan. Algunas mañanas especialmente proustianas, la magdalena del desayuno me impide saborear cualquier recuerdo, pues de pronto se interpone la advertencia de que estoy comiendo harina, huevo, grasa vegetal, antioxidantes, conservantes, colorantes debidamente autorizados y E-234. ¿Cuál es la realidad auténtica: las cosas en sí, los hechos que pasan o esa envoltura de palabras e imágenes que los definen, manipulan, envasan y transportan, con la debida autorización? La realidad es hoy lo que se nombra. Y cuantas más veces se cita y se nombra, más real es un objeto, una experiencia, una novela, un político o un placer. Tócala de nuevo, Sam.

Es difícil ser espectador (orteguiano o no) de la vida que (nos) pasa, caminantes que al andar tienen tiempo de ver el paisaje. Vamos en reata, con el volante en las manos, con el cacharrito del zapeo, por eso que ahora llaman autopistas de la información. En el buzón anidan a diario bandadas de folletos, pasquines comerciales, impresos, cartas de Planeta-Crédito que me prometen un reloj despertador por sólo acudir a un hotel (son trampas, lo sé: quieren cazarme), y se me cuelan por debajo de la puerta y los tengo dentro de casa, y me acribillan y no son papeles, sintonías, imágenes, faxes, *jingles*, declaraciones ni anuncios: son los pájaros de Hitchcock. ¿A dónde huir? No tengo más remedio que enfrentarme a ellos, leer, escuchar, ver, no puedo meter la cabeza bajo la almohada, porque seguiré oyendo a Luis del Olmo en el patio de luces y el rin del teléfono a través de la pared medianera, y los aplausos, risas enlatadas, advertencias de que un diamante es para toda la vida, jadeos procaces en el televisor del vecino, esas sonoras y gráficas *Delicatessen*. El mundo, como nos mostró aquella inquietante película, es una casa llena de chirriantes delicadezas, otra cueva de Eolo que envía en todas direcciones un vendaval de palabras y de imágenes racheadas. Y, en fin, «no hallé cosa en qué poner los ojos» que no fuera un bazar de mensajes. Ellos son la realidad.

Así que creer que la realidad existe es un bello embuste. La realidad es una declaración política, un dato estadístico, un eslogan. Y la mayoría de esos letreros y mensajes no tienen autor conocido, o son de hablante sin rostro. La realidad es rótulo, título, gráfica, baremo y anuncio. Quiero decir que la realidad no sólo está cada vez más lejos de nuestra propia experimentación, sino más definida por su dimensión de cantidad. Hoy es más real el plástico que las flores y el agua Fontvella que un manantial en el monte.

Integrados y comunicadores

Otra consideración de la realidad es que no es interpretada por los apocalípticos, mediadores singulares que se presentaban con prestigio de sabios, escritores, filósofos, investigadores, líderes, maestros: personas singulares a las que se les otorgaba un reconocimiento admirable. Aunque sigan existiendo más o menos en el cuarto de atrás, su versión llega triturada convenientemente para captación y consumo masivo. Hace justo treinta años que Eco hizo aquellos distingos entre apocalípticos e integrados. La verdad es que es tentador ponerse estupendos. ¡No te pongas estupendo, Max! El científico, el investigador, el sabio, el filósofo, el creador no son oídos, no tienen cancha, a no ser que un suceso social —la entre-

vista en el periódico X, un premio, un hallazgo, un escándalo— los sitúe en posición mediática, pero entonces sus aportaciones son frivolidades para la ingestión masiva y comercial. La televisión destierra los programas culturales a horas golfas: conciertos de música a las tres de la mañana, programas de libros —centralistas, por cierto—, pasada la media noche, cuando canta el gallo. Ni siquiera aquellos debates de *La clave*, por poner un ejemplo, divulgadores, son hoy posibles. En cambio surge el comunicador, el adivino, el presentador, el conductor de programas, las nuevas doctoras Francis. La realidad es un prospecto.

Sucede también que la realidad ya no es dual, como nos dijeron y nos creímos. ¿Era entonces más fácil? Ya no hay antagonismos ideológicos, ya no hay oposiciones (sólo concursos) entre lo crudo y lo cocido, tradición y progreso, capitalistas y rojos, teoría y praxis, estudias o trabajas. De aquellos antagonismos estéreos sólo quedan hoy los *derbys* de fútbol. Ya no va por un lado lo comercial y por otro el arte y ensayo, ahora todo se integra en un surtido mercado para gustos plurales, de la *boutique* al *pret-à-porter*, con una variedad que aglutina lo ingenioso y lo hortera, lo moderno y lo *kitsch*, como en las películas de Almodóvar. Es difícil el asombro, y avezados a estar de prisa, de prisa, entre muchas cosas y muy variadas, todo es bastante digerible. En cualquier revista dominical de periódico leemos sin mayores ardores de estómago un espeluznante reportaje sobre la miseria de Haití después de enterarnos de la receta rica que prepara un gran cocinero vasco.

Los años ochenta supusieron el triunfo definitivo de la integración frente a lo apocalíptico, y de la variedad frente a la totalidad. Eso tiene la ventaja de haber derribado intolerancias y propiciado la pluralidad de modelos y de haber diluido las convicciones radicales en la incertidumbre, pero también ha inoculado la convicción de que casi todo vale. El mundo ya no es un menú, sino un bufé, un gran autoservicio. El apocalíptico era una hechura temporal dilatada, pero la integración es simultaneidad, es presente incierto, es carencia de memoria histórica, es despreocupación por el futuro (¡qué largo me lo fiáis!), es conciencia blanda y vivencia de lo efímero. Las etiquetas se tiran, las imágenes no se piensan, a lo más se almacenan en cintas. Es difícil al escritor ser fiel en sus obras a eso que se llamó su visión del mundo, una cosmovisión (no hay originalidad sin monotonía), escribiendo muchas novelas que es sólo *la* novela de su vida, autor de un único cántico al que va añadiendo variantes que se integran en una interpretación duradera. La originalidad es una singularidad hecha a base de repetir formas, diseños, estilemas, nuevos productos de temporada, con marca de autor, de editorial (se critica al autor que cambia de casa), de periódico afín. Si uno no «comunica bien»... Que la realidad es

el mensaje, es una vieja ilusión del creador: sólo lo que se logra nombrar estimula el simulacro de dominar o transformar el mundo, o de sentirse más vivo en él; que el mensaje es el medio, es más que útil lema periodístico; que la realidad es el medio, lleva a esa saturación de mensajes o productos sin los cuales no parecen existir las experiencias vitales.

El enmimismamiento

Para el escritor español encontrarse en una sociedad libre, informada y plural es una excepción histórica tan grande, que lo ha descolocado. Ahora es el periodismo, con su vorágine de noticias transmitidas en directo («en vivo»), quien ha acaparado el testimonio, la denuncia, el debate ideológico, la investigación y hasta los materiales aparentemente épicos. Esto creo que ha obligado al novelista, desposeído de esos territorios, a un repliegue intimista. Magníficos argumentos novelescos se agotaron en un periodismo completo y el clásico informe semanal de televisión, como el tricornio polainero que secuestra el ruedo ibérico, el etarra que pone bombas a una niña que quiere ser baloncestista, el trujimán que va en Jaguar a dar un mitin izquierdoso, el banquero que se casa por amor a una jovencita retratada sin bragas, el gobernador del Banco de España que entra en el trullo, el Roldán prófugo, el Vaquilla que burla a la pasma, en fin, hasta una princesa haciendo cachas en un gimnasio y su cónyuge comprando támpax en la farmacia. Esto es la CNN y Radio 5, todo noticias. La actualización desmemoriada del vivir libera al novelista de papeles mesiánicos y apocalípticos, del «encargo social» (terminología ¿añeja? de Luckács), en favor de lo que podemos llamar *encargo íntimo*. Quien quiera ver el tratamiento que la literatura ha dado de los problemas colectivos de la sociedad española de estos años, no encontrará casi nada sobre el paro, el terrorismo, la emigración clandestina, la vida rural, la xenofobia, la prostitución, la droga, el deterioro ambiental, los chanchullos de la ingeniería financiera, la hoguera de las vanidades, la adulteración de la infancia y la falsificación moral. Aunque algunos de estos temas duros han tenido algún tratamiento estándar de género, no hay Zolas ni Dostoyevskis. En todo caso, en el artículo-columna del periódico ha encontrado el escritor alivio a su necesidad de disentir (un ¡yo acuso!, ingenioso más que sincero, oportunista más que arriesgado), para lavar su individualismo retraído. El novelista sólo ha podido aceptar encargos íntimos, se ha reservado el permanente papel de contador de historias pequeñas, singulares, intimistas, evocadoras y distantes. Algunos hemos acudido a veces a la novela histórica para en el distanciamiento proyectar sobre el presente

preocupaciones permanentes del vivir: el amor, el tiempo, el conflicto entre el poderoso y el artista... Nos atraía el empeño de levantar con palabras un decorado histórico para en él recrear a personajes que a pesar de su nombre conocido y sus peripecias verídicas o supuestas, eran simulacros del autor. En el fondo, no es más que un egoísmo de sobrevivencia para huir de tanta actualidad y del diluvio informativo del presente, devolviéndole al tiempo, como proponía Margueritte Yourcenar, su papel de gran escultor. En la novela siempre hay duración: lucha con la instantaneidad. Gonzalo Sobejano habló con mucha sabiduría crítica de la novela ensimismada de estos años: la pequeña fábula íntima, la historia de los adentros, las entretelas de personajes sentimentalmente aturridos, confusos, nostálgicos, decepcionados, inciertos en un mundo en el que se derribaban la industria pesada y la ideología dura, donde caía el telón de acero e iban al desguace las conciencias de una pieza. Ensimismados. O mejor: *enmimismados*. Si el escritor consigue dejar para el artículo de periódico su aportación crítica de actualidad, a la novela y al poema traslada la decepción más duradera. Sin grandes experimentos: tampoco el lector está para grandes trotes ni tantarantanes ideológicos o pasionales. La novela tiene algo de placebo y algo de purga de actualidad, y a la literatura se va como al gimnasio, porque hay que soltar grasas y desentumecer el sedentarismo. Así que el novelista se pone a remover suavemente el batido vital de su conciencia, como se remenea con una cucharita el café del desayuno: huum, ése es el aroma de mi hogar. Tampoco es mal papel, ¿quién, si no, iba a decirnos cómo ha sido la crónica sentimental de estos años, hecha de encuentros y desencuentros efímeros, de grandes cambios a base de modificar muchas pequeñas cosas, con liviana pesadumbre y exquisito hedonismo, donde yo soy muchos yoes, aunque todos pasajeros y ninguno excesivo?

Hace un siglo, la crisis de identidad surgida del descrédito de la ciencia, del positivismo, de la sociedad burguesa y de la fe trascendente, sumió a los escritores en una búsqueda enigmática de los adentros, «intrasubjetiva» («la realidad es mi conciencia», «la imagen lo es todo», decía Azorín, cuyo alma, según la perversa sentencia de Gómez de la Serna, era vegetariana). El resultado fue una personalidad demediada y heterónima, un yo en su espejo, y luego una larga abulia bastante protectora como para no sentir las hecatombes contemporáneas. Pues bien, en un mundo en el que la imagen (el *look*) lo es todo, el novelista constata que la disolución, cien años después, es plural, múltiple e incapaz de agonismos trágicos y de angustias existenciales. Ésta es la realidad que novelamos con más empeño: una crónica sentimental hecha de pequeñas decepciones y desgarros, en libros que apenas tendrán sitio por unos días en los estantes, con fecha

prevista de caducidad, como los yogures, que ni siquiera se llaman libros, sino novedades. Como dicen los financieros: inversión «a corto». Uno hace lo que puede. Yo creo que es más fructífero para el escritor escribir desde la decepción y no desde la queja. Porque la realidad en la que estamos, ¿no era el mejor de los mundos posibles?, se nos pueden aplicar aquellas luminosas palabras de la *Eurydice* de Jean Anouilh: «No hay que creer exageradamente en la felicidad. Sobre todo cuando se es de buena raza. No se consiguen más que decepciones». Qué agria ironía: ser de buena raza... Que sea, la decepción fruto de la memoria, porque, como decía Weisel, aunque «no somos responsables de la historia, sí somos responsables de cómo la recordamos». Toda la historia, la grande e general historia y la del patio particular...

Eduardo Alonso

